

EL EXPERIMENTO

Todo se repite. La misma canción que hace media hora, por enésima vez. El mismo sitio, las luces de colores y, por supuesto, la misma copa en mi mano. Todo se repite. En cinco segundos la camarera derramará un martini en la chaqueta de aquella señora. Ahí está. Todo igual. Otra vez.

Todo igual. Otra vez. Otra vez más.

¿Soy el único que se da cuenta? ¿Realmente soy el único al que no le afecta esa onda que atraviesa nuestras cabezas y hace que todo vuelva a empezar? Los observo atentamente: descubro caras de cansancio y frustración, pero no puedo estar seguro de que ello signifique que lo saben. Tengo miedo a perder del todo la noción del tiempo, comenzar a equivocarme en mis movimientos, descubrirme, hacerles ver que recuerdo, que soy un fallo del experimento.

Un experimento fallido, un sujeto no válido. Sé que Ellos no dudarán en eliminarme cuando sea prescindible. Por ello he de repetir el ritual, y a la vez pensar cómo escapar de él. Pero es imposible. Soy sólo un humano, desarmado. No puedo hacer nada contra Ellos. Sólo seguir con la función, no salirme del papel, representarlo sin descanso y sin un solo error.

Doy un trago en el momento calculado, levanto la mirada y todo el mundo ha desaparecido. No eran reales. Entonces lo comprendo: no soy un fallo del experimento, sino su único sujeto.

Antes hubo más experimentos. Y, como yo, muchos otros actuaron de la misma manera: imitar al resto y no llamar la atención. Y Ellos confirmaron que la mayoría de los humanos moriría antes que revelar que son diferentes. Nadie sabrá que las masas de gente a las que sigan cuando llegue la invasión serán meros espejismos creados por Ellos, porque los únicos que lo sabemos, estaremos muertos.